ciudad que muere, allí la ciudad que nace; aquí la Edad media con su unidad tan armoniosa y profunda, allí el gusto clásico con toda su antipatía. Mannheim llega, Worms se va; el pasado es de Worms, el porvenir es de Mannheim. (Aquí abro un paréntesis. No deduzcáis de ello, empero, que el porvenir sea del gusto clásico.) Worms posee los restos de una vía romana, Mannheim está entre un puente de barcas y una línea férrea. Ahora es inútil que os diga á donde se inclinan mis preferencias, pues ya lo sabéis. En punto á ciudades, me gustan las antiguas.

No admiro por ello menos esa rica llanura donde se asienta Mannheim, y que tiene una anchura de diez leguas entre las montañas del Néckar y las colinas del Isenach. Las cinco primeras leguas de Heidelberg á Mannheim, las han hecho de vía férrea; y las otras cinco, de Mannheim á Durckheim, en cabriolé. Aquí otra vez el pasado y el porvenir se dan las manos.

Por lo demás, en el mismo Mannheim, no he notado más que unos magníficos árboles en el parque del castillo, un excelente hotel, el *Palatinado*, una hermosa fuente barroca, de bronce, en la plaza, y esta inscripción en letras de oro en el cristal de un peluquero: GABINETE DONDE SE CORTA EL PELO POR EL SISTEMA DE M. CHIRARD, DE PARÍS.

CARTA VIGÉSIMA SÉPTIMA

SPIRA

Etimología é historia.—El trigo.—El vino de sosa.—La catedral.—Idea que en ella asalta al viajero.—Detalles de los emperadores enterrados en Spira.—Resplandores que atraviesan las ventanas de la historia.—1693.—1793.—ACUÉRDATE DE CONRADO.

Márgenes del Néckar, octubre.

¿Qué os diré de Spira, ó *Speyer*, como la denominan los alemanes? *Neomagus*, dice la leyenda; *Augusta-Nemetum*, dice la historia. Es una ciudad ilustre. César acampó en ella, Druso la fortificó, Tácito habló de ella, los hunos la incendiaron, Constantino la reconstruyó, Juliano la engrandeció, Dagoberto hizo de un templo de Mercurio un convento de San Germán. Otón I dió á la cristiandad el primer torneo, Conrado el Sálico la hizo capital del imperio, Conrado II la hizo el sepulcro de los emperadores. Los templarios, que han dejado allí una bella ruina, cumplieron en ella sus funciones de centinelas de las fronteras. Todos los torrentes de hombres que han devastado y fecundado la Europa han pasado por Spira; durante los primeros siglos, los vándalos y los alemanes (*todos los hombres*, hombres de todas las razas, dice la eti-

mología); durante los últimos, los franceses. Durante la Edad media, de 1125 á 1422, en trescientos años Spira ha sufrido once sitios. Por eso la vieja ciudad carlovingia está profundamente castigada. Sus privilegios han decaído, su sangre y su población se han derramado por todas partes. Ha poseído la cámara imperial que ha heredado Wetzlar, las dietas cuyo fantasma se halla actualmente en Francfort. Ha tenido treinta mil habitantes, y no tiene más que ocho mil.

¿Quién se acuerda hoy del santo obispo Rudiger? ¿Por dónde discurre el arroyuelo Spira? ¿Dónde está la aldea Spira? ¿Qué se ha hecho de la iglesia alta de San Juan? ¿En qué estado se encuentra aquella capilla de Olivet que los antiguos registros califican de *incomparable*? ¿Qué se ha hecho de la admirable torre cuadrada con torrecillas angulares que dominaba la puerta de la carretera de Bac? ¿Qué vestigios quedan de San Vilduberg? ¿Dónde está la casa de la cámara imperial? ¿Dónde está el palacio de los asesores abogados, *los cuales*, dice una antigua carta, *son hacedores y administradores de justicia en nombre de la majestad imperial, de los electores y demás príncipes del imperio, en el consistorio público de todo el imperio establecido por Carlos V*? ¿De aquella alta jurisdicción, á las cuales todas las demás estaban *sometidas y apelantes en última instancia*, qué queda? Nada, ni siquiera la horca de piedra formada de cuatro pilares en la pradera que bordea el Rhin. Unicamente el sol sigue tratando á Spira con tanta magnificencia como si fuese todavía la reina de las ciudades imperiales. El trigo proverbial de Spira es siempre tan hermoso y tan dorado como el del tiempo de Carlos V, y el excelente vino negro de sosa es siempre digno de ser bebido por príncipes obispos de medias encarnadas y por los electores de birrete de armiño.

La catedral, empezada por Conrado I, continuada

por Conrado II y Enrique III, terminada por Enrique IV en 1097, es uno de los más soberbios edificios que produjo el siglo XI. Conrado I la había dedicado, dicen los documentos, á la «bendita Virgen María». Su majestad es siempre incomparable. Ha resistido al tiempo, á los hombres, á las guerras, á los asaltos, á los incendios, á los motines, á las revoluciones, y hasta á los embellecimientos de los príncipes obispos de Spira y Bruchsal. Yo la he visitado; mas no os la detallaré. Aquí, como en la casa Ibach, no puedo decir que haya visto la iglesia, tan absorto me hallaba por el pensamiento que para mí la llenaba. No, no he visto el edificio, he visto aquel pensamiento. Dejadme que os lo diga. Nada sé de lo demás; todo ha pasado ante mis ojos como una sombra. Buscad, si queréis, en los itinerarios y las monografías, la descripción de la catedral de Spira, pues de mí no la obtendréis. Algo más alto y más magnífico aún me sobrecogió en medio de la contemplación de aquella sombría arquitectura. Hasta aquí he tenido con frecuencia, y tendré todavía, ocasión de mostraros iglesias; esta vez dejad que os muestre á Dios.

De 1024 á 1308, durante tres siglos, el pensamiento de Conrado II fué realizado. De los diez y ocho emperadores que reinaron en aquel intervalo, nueve fueron enterrados en la cripta que hay debajo la catedral de Spira. En cuanto á los otros nueve, Lotario II, Federico Barbarroja, Enrique IV, Otón IV, Federico II, Conrado IV, Guillermo, Ricardo de Cornualla y Alfonso de Castilla, el sino no les concedió aquella augusta sepultura. El viento que sopla sobre los hombres en la hora de la muerte los llevó á otras partes.

De aquéllos, únicamente dos, que no eran alemanes, hallaron la tumba en su país natal; Ricardo de Cornualla en Inglaterra y Alfonso de Castilla en España. Los otros fueron arrojados á los cuatro puntos

cardinales; Lotario II al monasterio de Kœnigslutter, Otón IV á Brunswick, Guillermo á Middelburg, Enrique IV y Federico II á Palermo, Conrado IV á Poggi, y Barbarroja al Cidno.

Barbarroja en particular, el gran Barbarroja, ¿dónde está? Según la historia, en el Cidno; en Antioquía, según la crónica; en la caverna de Kiffhœüser, según la leyenda de Wurtemberg; en la gruta de Kaiserslantern, según la leyenda del Rhin.

Los nueve césares que yacen bajo las losas del ábside de Spira fueron casi todos gloriosos emperadores. El fundador de la catedral, el contemporáneo de Canuto el Grande, Conrado II, el que dividió la antigua Teutonia en seis clases, llamadas Escudos militares, *Clyppei militares,* jerarquía que derribó la Bula de oro, pero que Polonia adoptó y reflejó; hasta tal punto que, aun en estos últimos siglos, la constitución republicana de Polonia, al reproducir la antigua constitución feudal de Alemania, era como un espejo que guardase la imagen después que hubiese desaparecido el objeto. Enrique III, que proclamó y sostuvo por tres años la paz universal, prefiriendo á una guerra de pueblo á pueblo, aquel duelo de rey á rey que ofreció á Enrique I de Francia; luego Enrique IV, el vengador de los sajones y el vencido de Gregorio VII; Enrique V, el aliado de Venecia; Conrado III, el amigo de las dietas, que se llamaba *emperador de los romanos;* Felipe de Suavia, el temible adversario de Inocencio III. El triunfador de Ottocaro, el exterminador de los burgraves, el fundador de dinastías, el conde padre de los emperadores, Rodolfo de Habsburgo. Adolfo de Nassau, el hombre animoso muerto de un hachazo en el campo de batalla. Su enemigo, en fin, su competidor, su matador, Alberto de Austria, que se hacía servir á la mesa por el rey de Bohemia, con la corona en la cabeza, que suprimió los peajes, y

domaba, con la maza de hierro en puño, á los cuatro formidables electores del Rhin; príncipe desmesurado en todo, lo mismo en su ambición que en su poderío, al que Bonifacio VIII dió una mañana el reino de Francia; con lo que no se sabe qué admirar más á la vista de tal presente, si al Papa que tuvo la audacia de ofrecerlo, ó al emperador que tuvo la audacia de aceptarlo.

¡Ay! ¿Habrá algo más parecido á un sueño que esas grandezas? ¡Y cuánto se parecen todas ellas por las miserias que se hallan al extremo! Alberto de Austria, en Gellheim, cerca de Maguncia, había muerto por su mano á su primo y emperador Adolfo de Nassau; diez años más tarde, Juan de Habsburgo mata, en Vindich sobre el Reuss, á su tío y emperador Alberto de Austria. Alberto, que era tuerto y feo, y que estaba aconsejado, según decía Bonifacio VIII, por una mujer con sangre de víbora, *sanguine viperali,* fué apellidado el *Regicida;* Juan fué llamado el *Parricida.*

Sea como fuere, todos esos príncipes, los buenos, los mediocres y los malos, enterrados uno al lado del otro, confundían, por decirlo así, la diversidad de sus sinos en la gloria de las armas, propia de algunos, y en el esplendor del imperio, común á todos, y yacían en el subterráneo de Spira, envueltos en la misteriosa majestad de la muerte. Alemania entera envolvía en una especie de superstición nacional á aquellos dormidos emperadores. Los pueblos, que tienen todos los instintos rencorosos y levantiscos de los niños, odian fácilmente el poderío dominador y viviente, porque es poderío, porque es dominador, porque es viviente. *Los de Flandes,* dice Felipe de Comines, *quieren siempre al hijo de su príncipe; á su príncipe, jamás.* El obispo de Olmutz escribía al papa Gregorio X: *Volunt imperatorem, sed potentiam abhorrent.* Pero así que

cae el poderío, se le quiere; desde que está vencido, se le admira; desde que muere, se le respeta. No había, pues, nada tan grande, tan augusto ni tan sagrado en Alemania y en Europa como aquellas nueve tumbas imperiales cubiertas, como de un triple velo, de silencio, de obscuridad y de veneración.

¿Quién rompió aquel silencio? ¿Quién turbó aquella obscuridad? ¿Quién profanó aquella veneración? Oid.

En 1693, Luis XIV envió bruscamente al palatinado un ejército mandado por hombres cuyos nombres pueden leerse todavía en la *Gazette des entresols du Louvre*. EJÉRCITO DE ALEMANIA, 11 de abril.—Mariscal de Boufflers, mariscal duque de Lorges, mariscal de Choiseul.—*Tenientes generales:* marqués de Chamilly, marqués de la Feuillée, marqués de Uxelles, milord Mountcassel, marqués de Revel, señor de la Bretesche, marqués de Villars, señor de Mélac.—*Mariscales de campo:* duque de la Ferté, señor de Barbezières, conde de Bourg, marqués de Alègre, marqués de Vaubecourt, conde de Saint-Fremond.

La civilización empezaba entonces á cubrir por todas partes á la barbarie; pero la capa era todavía poco espesa. A la menor sacudida, á la primera guerra, se quebraba, y la barbarie, hallando paso abierto, se esparcía por todas partes. Así sucedió en la guerra del Palatinado.

El ejército del gran rey entró en Spira. Todo estaba cerrado, las casas, la iglesia, las tumbas. Los soldados abrieron las puertas de las casas, abrieron las puertas de la iglesia, y rompieron las losas sepulcrales.

Violaron la familia, violaron la religión y violaron la muerte.

Los dos primeros crímenes eran casi crímenes ordinarios. La guerra en aquellos tiempos, que nosotros

admiramos demasiado alguna vez, familiarizaba con ellos á los hombres. El último era un atentado monstruoso.

La muerte fué violada, y con la muerte, cosa que aun no se había visto, la majestad real, y con la majestad real, toda la historia de un gran pueblo, todo el pasado de un grande imperio. Los soldados registraron los ataúdes, arrancaron los sudarios, violaron los esqueletos, majestades dormidas, sus cetros de oro, sus coronas de pedrerías, sus sortijas que habían sellado la paz y la guerra, sus banderas de investidura, *hastas vexilliferas*. Vendieron á los judíos lo que los papas habían bendecido. Cambalachearon aquella púrpura en jirones y aquellas grandezas cubiertas de cenizas. Entresacaron con cuidado el oro, los diamantes y las perlas; y cuando nada precioso quedó en aquellos sepulcros, cuando no quedó más que polvo, barrieron confundidos en un hueco aquellos huesos que habían sido emperadores. Unos cabos borrachos arrojaron con el pie á una fosa común los cráneos de nueve césares.

Tal hizo Luis XIV en 1693. Exactamente cien años después, en 1793, ved lo que hizo Dios.

Había en Francia una tumba real, del mismo modo que había un osario imperial en Alemania. Un día, día fatal en que toda la barbarie de diez siglos reapareció en la superficie de la civilización y la sumergió, algunas hordas repulsivas, horribles, armadas, que llevaban la guerra, no á un rey, sino á todos los reyes, no á una catedral, sino á toda una religión, no á una ciudad, sino á todo un Estado, sino á todo el pasado del género humano; algunas hordas horrendas, digo, ensangrentadas, descamisadas, feroces, se arrojaron sobre la antigua sepultura de los reyes de Francia. Aquellos hombres, á quienes nadie detuvo en su tremenda obra, iban también á romper tumbas,

á rasgar mortajas, á profanar huesos. Extraños y misteriosos obreros, iban á hacer polvo del polvo. Oid esto: el primer espectro que despertaron, el primer rey que arrancaron brutalmente del ataúd, como se sacude á un criado que haya dormido demasiado, el primer esqueleto de que se apoderaron en su manto de púrpura para arrojarlo al pudridero, fué Luis XIV.

¡Oh represalias del destino! ¡1693, 1793! ¡Siniestra ecuación! ¡Admirad esa precisión formidable! Al cabo de un siglo para nosotros, al cabo de una hora para el Eterno, lo que Luis XIV había hecho en Spira á los emperadores de Alemania, Dios se lo devolvía en San Dionisio.

Cosa digna de notarse, además, el fundador de la catedral de Spira, el más antiguo de esos viejos príncipes germanos, Conrado II, antes de ser emperador de Alemania, había sido duque de la Francia rhenana. Aquel duque de Francia fué ultrajado por un rey de Francia. ¡Castigo! ¡Castigo! Si Luis XIV, en sus campañas de Alemania, hubiese pasado por Otterberg, como yo hace un mes, hubiera visto allí, como en Spira, una admirable catedral erigida también por Conrado II, y tal vez no hubiera sido inútil al gran rey; pues en la puerta principal de la sombría iglesia hubiera podido leer esta melancólica y severa advertencia, que se lee todavía en la actualidad:

MEMENTO CONRADI.

CARTA VIGÉSIMA OCTAVA

HEIDELBERG

Á M. LUIS B.

Todos los habitantes de Mannheim se convierten en enemigos del autor.—Heidelberg.—El autor da muchas explicaciones sobre sí mismo.—La casa del caballero de San Jorge.—Un versículo de la Biblia protege mejor una casa contra los incendios que la placa de seguros M. A. C. L.—Pormenores poco conocidos acerca del sitio de Heidelberg por las tropas de Luis XIV.—El autor en el bosque.—Ensueños.—Enigma esculpido en la pared de un caserón.—El *camino de los filósofos*.—Sol poniente.—Pasaje.—Cosas crepusculares y misteriosas que comienzan.—De noche.—El autor en lo alto de la montaña.—Espantoso hoyo entrevisto.—Aventura sobrenatural de la zarza que camina.—*¡Heindenloch!*—Rastro de paganos en todas las orillas del Rhin.—Algunas visiones vespertinas en aquellos va-